

Capítulo 19

Cristo vencedor

Apocalipsis 19

Durante la larga y sangrienta guerra civil de los Estados Unidos, James Russell Lowell escribió un poema conmovedor, titulado *The Present Crisis* [La crisis actual]. El poema se centra especialmente en el triunfo de la verdad sobre el mal y en tomar la decisión correcta con respecto a la esclavitud, cuando la nación se encontraba en la encrucijada del destino. Lowell escribe: “A cada hombre y nación le llega alguna vez el momento de la decisión, en la lucha de la verdad y la falsedad, por el lado bueno o malo”. Aunque estas líneas fueron escritas en otro momento, en otro lugar, con otro propósito, ciertamente resuenan en el libro de Apocalipsis. Apocalipsis es un libro sobre decisiones eternas. Cuando comenzó la rebelión contra Dios en el Cielo, cada ángel tuvo que elegir entre la verdad o la falsedad. A lo largo de los siglos, hombres y mujeres se enfrentaron a la misma decisión. Y en los últimos días el conflicto entre la verdad y el error llega a su clímax en relación con la marca de la bestia y el sello de Dios. Una vez más, toda la humanidad se enfrenta a decisiones eternas.

En Apocalipsis 13, 17 y 18, el mensajero angélico de Juan hizo hincapié en una confederación internacional de la Iglesia, el Estado y los poderes económicos que busca el control y el dominio del mundo. A medida que se hace imponer la marca de la bestia, junto con sus decretos opresivos que prohíben comprar o vender a aquellos que no reciben la marca, y finalmente

condenarlos a muerte, el panorama parece sombrío para el pueblo fiel de Dios.

Una vez más, recordamos el poema de James Russell Lowell:

La verdad para siempre en el cadalso,

el error para siempre en el trono;

sin embargo, ese andamiaje hace balancear el futuro,

y detrás de la tenue incógnita,

permanece Dios dentro de la sombra

vigilando sobre los suyos.

Apocalipsis 19 eleva nuestra mirada de lo que está sucediendo en la Tierra a la sala del Trono del Universo. Allí vemos seres celestiales que entonan alabanzas a Dios por haber derrotado a Babilonia y los poderes del mal. Todo el Cielo se llena de regocijo. La verdad ha triunfado sobre el error. La justicia ha vencido a la falsedad. Cristo es el vencedor, y todo el Cielo grita: “¡Aleluya!”

Un vistazo al cielo: Regocijo por la caída de Babilonia

Apocalipsis 19 construye sobre el versículo 20 del capítulo anterior. Apocalipsis 18:20 aparece en medio de la descripción de la caída de Babilonia, y dice: “¡Alégrate sobre ella, cielo! ¡Alégrense ustedes, santos, apóstoles y profetas! Dios ha pronunciado juicio en favor de ustedes contra ella”.

El capítulo 19 comienza con una respuesta a la instrucción del ángel. Juan escribe:

Después oí una gran voz de una inmensa multitud en el cielo que decía: “¡Alaben al Señor! ¡Salvación y honra, gloria y poder a nuestro Dios!, porque sus juicios son verdaderos y justos. El Señor ha juzgado a la gran ramera, que corrompía la tierra con su fornicación, y ha vengado en ella la sangre de sus siervos”. Y otra vez dijeron: “¡Alaben al Señor! Y su humo subió para siempre” (Apoc. 19:1-3).

Todo el Cielo se regocija. El poder del mal se ha quebrado. Babilonia, la opresora del pueblo de Dios, es derrotada. La larga noche del pecado ha llegado a su fin. Este regocijo proviene de “una inmensa multitud en el cielo”. Ya hemos visto dos de esas multitudes en el libro de Apocalipsis. En Apocalipsis 7:9, hay una “gran multitud que ninguno podía contar, de toda nación, tribu, pueblo y lengua”. Identificamos a los que pertenecen a esa multitud como los salvados que habían muerto antes del regreso de Jesús. También, hay una gran multitud de ángeles alrededor del Trono de Dios en Apocalipsis 5:11: “Su número era miles de millares, y diez mil veces diez mil”.

Juan continúa:

Y del trono salió una voz que dijo: “¡Alaben a nuestro Dios, todos sus siervos, los que lo temen, tanto pequeños como grandes!”

Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, como la voz de grandes truenos, que decía: “¡Alaben a Dios, porque reinó el Señor, nuestro Dios Todopoderoso!” (Apoc. 19:5, 6).

Tal vez debamos entender de estos versículos que Juan escuchó dos multitudes diferentes alabando a Dios: el primer coro de alabanza provenía de la multitud de innumerables ángeles que rodean el Trono de Dios; y el segundo, de la vasta multitud de los salvados de todas las edades de la Tierra. En cualquier caso, el sonido de alabanza proveniente de estas multitudes de voces debió haber sido impresionante y más allá de lo imaginable.

¡Qué coro de júbilo! Piensa en la emoción de cantar alabanzas a Dios con miles de millares, y diez mil veces diez mil de otras voces. Nuestras voces se unen en un crescendo de alabanza. Nuestro corazón se regocija, porque el enemigo ha sido derrotado. El último enemigo y todos sus seguidores son vencidos. La plaga del pecado es borrada del Universo para siempre. Juan compara este canto de alabanza de regocijo con el sonido de “grandes truenos”. El eco se repite y resuena en todo el Universo. Resuena hasta los rincones más lejanos del espacio, y este coro se cantará a lo largo de las edades incesantes de la Eternidad. “¡Alaben al Señor! ¡Salvación y honra, gloria y poder a nuestro Dios!”

El coro de alabanza de ambos grupos comienza con la palabra alabanza o “alaben”. Esta es una palabra muy común en la terminología religiosa, pero aparece en la Biblia solo cuatro veces y solo en este capítulo (vers. 1, 3, 4 y 6). Significa “¡Alabado sea Dios!” Los Salmos 113 al 118 comienzan todos con la frase “¡Alaben al Señor!” Se les conoce como los salmos “Hallel”, los salmos de “Alaben a Dios”.

Las multitudes en el Cielo alaban a Dios porque a él le pertenecen la salvación, la gloria, la honra y el poder (Apoc. 19:1). Lo alaban porque sus juicios contra la “gran ramera”, Babilonia, son verdaderos y justos. Lo alaban porque la sangre de los santos ha sido “vengada” (vers. 2). Esto no significa que Dios

busque vengarse de los pecadores o que se complazca en castigarlos. Vengar la sangre de los santos implica demostrar al Universo la injusticia causada por el pecado, y corregirla. Por eso, sus juicios son “verdaderos y justos”.

Los 4 seres vivientes y los 24 ancianos, a quienes encontramos en Apocalipsis 4, también se unen al coro de alabanza y adoración. “Y los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes se postraron y adoraron a Dios que estaba sentado en el trono. Dijeron: ‘¡Amén! ¡Alaben al Señor!’ ” (Apoc. 19:4). Todo el Cielo, ángeles y seres humanos redimidos unen sus voces para regocijarse por la caída final de Babilonia y para alabar a Dios por la forma en que ha solucionado el problema del pecado.

La cena de bodas del cordero

Otra razón para el regocijo en el Cielo es que “han llegado las bodas del Cordero, y su novia se ha preparado” (vers. 7). Hay una cena relacionada con esta boda: “¡Bienaventurados los llamados a la cena de bodas del Cordero!” (vers. 9). La cena de las bodas del Cordero se contrasta más adelante en este capítulo con la “la gran cena de Dios” (vers. 17). Son eventos muy diferentes.

¿Qué es la cena de las bodas del Cordero, y quién es la “novia” del Cordero que se ha preparado?

Mientras Jesús comía la cena de la Pascua con sus discípulos poco antes de la Cruz, “les dijo: ‘En gran manera he deseado comer esta Pascua con ustedes antes de padecer. Porque les digo que no la comeré más hasta que se cumpla en el reino de Dios’ ” (Luc. 22:15, 16). La cena de Pascua se remontaba a la gran liberación de Israel de Egipto, cuando murió el hijo primogénito de cada hogar egipcio, pero los hijos primogénitos de los

israelitas se salvaron. Se sacrificaba un cordero en su lugar y se comía con panes sin levadura y hierbas amargas (Éxo. 12:1-8).

La Pascua se convirtió en una de las principales ceremonias religiosas de los judíos, que conmemoraban su liberación de la esclavitud en Egipto. Simbolizaba la liberación espiritual que Dios provee para su pueblo por medio de la muerte de su Hijo. Jesús les dijo a sus discípulos que volvería a comer con ellos la cena de Pascua en el Reino de los Cielos. Esta es la cena de bodas del Cordero a la que se hace referencia aquí en Apocalipsis 19. También hay una referencia pasajera en Mateo 8:11 a los redimidos sentados a la mesa en el Reino con Abraham, Isaac y Jacob. Imagínate en el Cielo, en la cena de las bodas del Cordero, en comunión con los patriarcas, los profetas y los apóstoles. Imagina estar allí con Jesús y los justos de todos los tiempos. La cena de las bodas del Cordero es en honor de Cristo, quien ha dado todo por nosotros en el plan de salvación. Allí nosotros, que hemos sido liberados de este planeta en rebeldía, marcado por el pecado, somos introducidos como hijos e hijas de Dios en los mundos no caídos. Somos dignos del Cielo debido a su dignidad. Somos aceptos en el amado, redimidos por gracia, revestidos de su justicia.

¿Quién es la “novia” del Cordero que se ha preparado? Juan dice: “Y yo, Juan, vi la santa ciudad, la Nueva Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, engalanada como una novia para su esposo” (Apoc. 21:2).

“Entonces vino a mí uno de los siete ángeles [...] y me dijo: ‘Ven, y te mostraré a la novia, a la esposa del Cordero’. Me llevó en espíritu a un grande y alto monte, y me mostró la ciudad santa, Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios” (Apoc. 21:9, 10).

Entonces, según estos versículos, la Nueva Jerusalén es la novia del Cordero, su esposa. Pero, la novia de Jesús, ¿no es su verdadera iglesia? El apóstol Pablo escribe a los cristianos de Corinto: “Los he desposado con un solo esposo, con Cristo; para presentarlos a él como una virgen pura” (2 Cor. 11:2). Y a los cristianos de Éfeso, Pablo escribió: “Maridos, amen a sus mujeres, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella” (Efe. 5:25). En Apocalipsis 12, identificamos a la mujer pura vestida del Sol como símbolo de la iglesia, el pueblo fiel de Dios. La Biblia a menudo compara la relación entre Dios y su pueblo con la relación matrimonial.

Hay una solución fácil a esta aparente contradicción. La esposa, la novia de Cristo, no es una ciudad, sino las personas que viven en esa ciudad. ¿Quién vive en la Nueva Jerusalén? Los redimidos de la Tierra. Apocalipsis 21:27 dice que los que entran en la ciudad son “los que están escritos en el libro de la vida del Cordero”. Así que, la novia de Cristo, su esposa, que se prepara para la gran cena de bodas, es su iglesia, su pueblo, los habitantes de la Nueva Jerusalén. Esta identificación se confirma en Apocalipsis 19:8, que dice que la “esposa” del Cordero está vestida “de lino fino, limpio y resplandeciente, porque el lino fino representa las obras justas de los santos”.

No queremos pasar por alto esta expresión demasiado rápido. Juan claramente identifica el lino fino como las “obras justas” del pueblo de Dios. La expresión “obras justas” proviene de la palabra griega *dikaioma*. Esta palabra tiene que ver con la forma en que vivimos, las obras santificadas de nuestra vida. Estos actos justos son el resultado de un carácter justo. El Cristo que mora en nosotros nos capacita para vivir vidas piadosas. Hacemos buenas obras por lo que somos en Cristo. Si estamos en Cristo, haremos buenas obras. Parafraseando las palabras de un pensador

cristiano, los manzanos no producen manzanas para convertirse en manzanos; producen manzanas porque son manzanos. Los cristianos no desarrollan caracteres justos para ser cristianos; desarrollan caracteres justos porque son cristianos. Los que comen con Cristo en íntima comunión en la cena de bodas del Cordero han cenado con él en íntima comunión en la Tierra. Su Espíritu Santo los ha transformado, para que los frutos del Espíritu se manifiesten en su vida (Gál. 5:22-25).

En el Cielo, nos uniremos a Jesús y a todos los redimidos, los profetas, los apóstoles, los mártires y los fieles seguidores desconocidos de Dios de todas las épocas, para comer, tener comunión y regocijarnos juntos en la gran cena de las bodas del Cordero.

Es importante recordar que el capítulo 19 comienza con el patrón predecible de Apocalipsis. El resultado a menudo se representa antes de los eventos que lo precedieron. Aquí, el pueblo de Dios está representado en el Cielo, regocijándose con los seres celestiales antes de que Jesús regrese para derrotar al enemigo y llevarlo a casa. Hay al menos dos razones para esto. Primero, la gente en los tiempos bíblicos no necesariamente pensaba como los occidentales de hoy. Querían saber el final de la historia. No estaban tan preocupados por cada evento lógico que conducía a la conclusión. Estaban interesados en saber cómo terminaría la historia. Eso es lo más importante que hay que saber, ¿no? Una segunda razón por la que Dios cuenta primero el final de la historia en estas profecías es que siempre quiere animarnos a que un día vivamos con él por la eternidad. Él es soberano, y pronto terminará la larga noche del pecado. Encontramos esta secuencia en la que se presenta primero el resultado y luego la causa en Apocalipsis 14, 15, 18 y 19.

El testimonio de Jesús

Abrumado por las majestuosas escenas que vio en la visión, Juan se postró dos veces a los pies del ángel para “adorarlo”. “Y él me dijo: ‘No hagas eso. Yo soy siervo como tú y como tus hermanos que se atienen al testimonio de Jesús. ¡Adora a Dios! Porque el testimonio de Jesús es el espíritu de profecía’ ” (Apoc. 19:10).

“Pero él me dijo: ‘No lo hagas; porque yo soy siervo contigo, con tus hermanos los profetas y con los que guardan las palabras de este libro. ¡Adora a Dios!’ ” (Apoc. 22:9).

Las dos experiencias son prácticamente iguales, y la respuesta del ángel es bastante similar. Pero, si comparamos los dos textos, vemos que la frase “tus hermanos que se atienen al testimonio de Jesús” en Apocalipsis 19:10 se ha convertido en la frase, “tus hermanos los profetas” en Apocalipsis 22:9. Así que, el testimonio de Jesús tiene que ver con los profetas. Vimos en Apocalipsis 12:17 que los santos, el pueblo de Dios de los últimos días, “guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesús”. De modo que el pueblo de Dios de los últimos días tendrá “el espíritu de profecía”. Esta frase, *el espíritu de profecía*, no aparece en ninguna otra parte de la Biblia.

El apóstol Pablo menciona que el Espíritu Santo da “dones” a las personas según él lo elige, y uno de estos dones es el don de profecía (1 Cor. 12:8–10). Tanto Efesios 4:8 al 13 como 1 Corintios 1:4 al 9 indican claramente que el don de profecía permanecería en la iglesia que guarda los mandamientos de Dios para guiarla, sostenerla, fortalecerla, instruirla y nutrirla hasta el regreso de Jesús en gloria. Estos dones no se dan a todos los miembros de la iglesia. Y, por supuesto, no todos los miembros de la iglesia tienen el don de profecía. El don de profecía es un don especial dado por Dios con el fin de preparar a su pueblo para la venida de Jesús. En el Antiguo Testamento, cuando Israel repetidamente desobedeció a Dios y entró en abierta rebelión y apostasía, Dios

retiró el don profético. Lamentaciones 2:9 lo expresa de esta manera: “No tienen ley; sus profetas tampoco recibieron visión del Señor”. Pero, según Apocalipsis 12:17, Dios restauraría el don de profecía a su iglesia de los últimos días. Su iglesia tendrá los dones del Espíritu, incluyendo el don de profecía. Guardará los mandamientos de Dios y será guiada por su voz profética, tanto en las Escrituras como en el don de profecía que él ha colocado dentro de su iglesia.

El Cristo vencedor

Juan ahora se embarca en una poderosa descripción del Cristo vencedor y la destrucción final de Babilonia y todas las fuerzas de la maldad:

Entonces vi el cielo abierto y un caballo blanco. Y su jinete se llama Fiel y Verdadero, quien juzga y pelea con justicia. Sus ojos eran como llama de fuego, y había en su cabeza muchas diademas; tenía escrito un nombre que ninguno conocía sino él mismo. Vestía una ropa empapada en sangre, y su nombre es: “El Verbo de Dios”. Los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, lo seguían en caballos blancos. De su boca salía una espada aguda, para herir con ella a las naciones. Él las regirá con vara de hierro, y pisará el lagar del vino del furor de la ira del Dios Todopoderoso. En su vestido y en su muslo tiene escrito este nombre: “Rey de reyes y Señor de señores” (Apoc. 19:11-16).

Esta es una de las imágenes más dramáticas de Apocalipsis, un libro que está lleno de imágenes vívidas y dramáticas. Estos versículos toman imágenes de varios lugares en otras partes del libro. El jinete vencedor sobre un caballo blanco recuerda al caballo blanco del primer sello (Apoc. 6:2). Sus ojos, como llamas de fuego, se encuentran en Apocalipsis 1:14. Su nombre, que nadie conoce sino él mismo, también aparece en la promesa a la iglesia de Pérgamo (Apoc. 2:17). La vara de hierro con la que él gobierna se menciona en Apocalipsis 12:5. ¡En conjunto, estos símbolos forman una magnífica imagen del Cristo vencedor que cabalga desde el Cielo como Rey de reyes y Señor de señores!

El Cielo se ha estado regocijando por la caída de Babilonia. Ha estado alabando a Dios por sus justos juicios contra el pecado. Ahora, el regocijo y la alabanza se desbordan en un intenso anticipo de la Segunda Venida. ¡Jesús cabalgará por los corredores del Cielo con un séquito de ángeles gloriosos en poder y gran gloria para redimir a su pueblo! Monta un caballo blanco y es seguido por “los ejércitos celestiales”, quienes también montan caballos blancos. El caballo blanco es un símbolo de un conquistador. Los caballos blancos han sido tradicionalmente los favoritos de los reyes y los antiguos líderes militares. Los generales romanos montaban caballos blancos por las calles de Roma cuando celebraban sus triunfos en la guerra. Por medio de la Cruz, Cristo “despojó a los principados y potestades, los exhibió en público, y triunfó sobre ellos en la cruz” (Col. 2:15). Ha vencido a Satanás y es el gobernante legítimo de este mundo. Los reinos de este mundo le pertenecen.

Ahora aparece, simbólicamente, como un guerrero montado en un caballo blanco para reclamar lo que es legítimamente suyo y escoltar a su pueblo de regreso a casa.

Después de que Pedro intentara defender a Jesús en el Huerto de Getsemaní y solo consiguiera cortar la oreja del siervo del sumo sacerdote, Jesús le pidió que guardara su espada porque, si fuera necesario, el Padre enviaría “más de doce legiones de ángeles” para protegerlo (Mat. 26:53). Una “legión” romana en el primer siglo constaba de unos cinco mil soldados. Así que, doce legiones serían sesenta mil soldados. Pero doce legiones de ángeles son una mera fracción de los “ejércitos celestiales”. ¡Los ángeles sobre caballos blancos que acompañan a Cristo vencedor son miles de millares, y diez mil veces diez mil!

El Cristo vencedor tiene ojos como llamas de fuego que parecen traspasar el corazón mismo de cada persona en la Tierra. Él conoce sus pensamientos y palabras más íntimos, cada acción de su vida.

También es importante señalar los títulos de Cristo en este pasaje. Según Apocalipsis 19:11, él es “Fiel y Verdadero”. Él cumple su promesa de Juan 14:1 al 3 de que regresaría. La demora ha sido larga, pero Cristo es fiel a su palabra y regresa para llevar a su pueblo a casa. También se lo nombra como el “Verbo de Dios” en el versículo 13. Jesús es el Verbo vivo, que revela en su vida cómo es Dios. Él es el Verbo hecho carne, y Juan declara: “Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, lleno de gracia y de verdad. Y vimos su gloria, gloria que, como Hijo único, recibió del Padre” (Juan 1:14). La gloria de Dios se revela en Cristo, y cuando Jesús vuelva, regresará en la gloria del Padre con todos sus ángeles (Mat. 16:27). Nuestra mente humana finita no puede captar la magnificencia de la gloria de Dios cuando Cristo regrese.

El Cristo vencedor está vestido con “una ropa empapada en sangre” (Apoc. 19:13). Es natural suponer que esto se refiere a la sangre que él derramó en el Calvario para redimir a la

humanidad. Pero es posible que esto esté apuntando a la frase que aparece dos versículos más adelante: “Pisará el lagar del vino del furor de la ira del Dios Todopoderoso” (vers. 15). La sangre en su manto puede no referir a su sangre, sino a la sangre de sus enemigos.

En Apocalipsis 14:17 al 20 se describe la cosecha final de los perdidos como uvas que son pisadas en el lagar de la ira de Dios y la sangre que sale del lagar. La sangre en la ropa de Jesús bien puede representar la destrucción absoluta de los malvados en cumplimiento de la predicción de Isaías:

“Los pisé con mi ira,

los hollé con mi furor;

y su sangre salpicó mi vestido

y manchó mi ropa.

Porque el día de la venganza está en mi corazón,

y ha llegado el año de mis redimidos” (Isa. 63:3, 4).

La ira de Dios, o furia, es su juicio sobre el pecado. Este pasaje que retrata a Jesús sobre un caballo blanco lo representa como un vencedor sobre sus enemigos. La imagen simbólica en estos versículos no es la de Jesús como el Cordero inmolado desde la fundación del mundo, sino la de Jesús como Rey de reyes y Señor de todo, conquistando, triunfando y derrotando a los poderes del mal.

Sus ojos son llama de fuego, y una espada afilada sale de su boca mientras cabalga para hacer la guerra. El Cielo ha declarado que sus juicios son verdaderos y justos (Apoc. 19:2), y que su nombre

es “Fiel y Verdadero” (vers. 11). Esta imagen del Cristo vencedor se sitúa en el contexto de sus justos juicios contra el pecado y los pecadores al final de los tiempos. En este contexto, la sangre en su manto bien puede referirse a la sangre de aquellos que rechazan su oferta de salvación, rechazan sus llamados amorosos, dan la espalda a su iniciativa de salvarlos y eligen rebelarse contra sus mandatos. El resultado lógico de su decisión es la perdición eterna. Cristo anhelaba salvarlos, pero se negaron a responder. Su elección sella su destino.

La cena del gran Dios

Juan registra la escena final de este capítulo.

Y vi a un ángel de pie en el sol, quien clamó a gran voz a todas las aves que volaban por el cielo: “Vengan, congréguense a la gran cena de Dios, para que coman carne de reyes, de capitanes y de poderosos; carne de caballos y jinetes; y carne de todos, libres y siervos, pequeños y grandes” (vers. 17, 18).

La cena del gran Dios contrasta fuertemente con la cena de bodas del Cordero. En una, los redimidos se sientan alrededor de una gran mesa en el Cielo, compartiendo una comida que es un recordatorio de su liberación de la esclavitud del pecado. En la otra, los buitres y otras aves rapaces son llamados desde todos los rincones del cielo para que vengan y se atiborren de los cuerpos caídos de los muertos.

Para los redimidos, la escena es de regocijo. Para los malvados, la escena es de llanto y triste arrepentimiento. Para un grupo, hay un nuevo comienzo; para el otro, hay un final trágico. Para

un grupo, las alegrías de la Eternidad los esperan; para el otro, la oscuridad y la aniquilación totales.

La escena que Juan describe a continuación es una de las más tristes de toda la Biblia:

Y vi a la bestia, y a los reyes de la tierra con sus ejércitos, reunidos para combatir al que montaba el caballo y a su ejército. Y la bestia fue apresada, y con ella el falso profeta que había hecho las señales ante ella; con esas señales había engañado a los que recibieron la marca de la bestia y adoraron su imagen. Los dos fueron lanzados vivos en el lago de fuego que arde con azufre. Y los demás fueron muertos con la espada que salía de la boca del que estaba sentado sobre el caballo; y todas las aves se hartaron de su carne (vers. 19-21).

Satanás y las huestes de los que lo han seguido en su rebelión contra Dios se lanzan en un último intento. Se reúnen para hacer guerra contra el Cristo vencedor. La guerra que comenzó en el Cielo mucho antes (Apoc. 12:7-9) ha llegado a su última batalla. Satanás y sus ángeles perdieron esa primera batalla en el Cielo, y perderán también esta última batalla.

La bestia y el falso profeta son destruidos en el lago de fuego “preparado para el diablo y sus ángeles” (Mat. 25:41). Los demás son “muertos con la espada que salía de la boca del que estaba sentado sobre el caballo” (Apoc. 19:21). La Palabra de Dios es más cortante que una espada de dos filos. Pone al descubierto los pensamientos y las intenciones del corazón (Heb. 4:12). Las verdades de la Palabra de Dios condenan a quienes las han

rechazado y luchado contra ellas. La cena del gran Dios es una representación gráfica del terrible destino de Satanás, sus ángeles y quienes lo siguen.

Estas escenas finales de la historia de la Tierra son un llamado urgente a cada uno de nosotros para que respondamos a la gracia de Dios, aceptemos por fe la salvación que él ofrece tan gratuitamente, y vivamos de manera obediente y consagrada, para que nosotros también podamos regocijarnos con los salvados de todas las épocas, vistiendo las túnicas blancas de la justicia en la cena de las bodas del Cordero.

En el siguiente capítulo, iremos mil años más allá de la Segunda Venida.